

Ya conocidos los elementos con que contó para sostenerse la Universidad, y en su mayor parte la influencia que ejerció sobre la colonia, seguiremos las últimas huellas del vetusto Establecimiento, cuando empezó á decaer y á sufrir los golpes que al fin acabaron con él definitivamente en este período.

Allá por el año de 1810 se clausuró, por primera vez desde que habia sido abierta, la Universidad. En los dias luctuosos en que la patria se agitaba por su independencia, aquel augusto templo de Minerva lo fué varios años de Marte, habiendo estado acuarteladas en sus espaciosas aulas las tropas. En efecto, en 30 de Octubre de 1810, siendo Virey de Nueva España el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Venegas, se ofició á la Universidad, mandándole desocupar el edificio, para que en él se acuartelaran las tropas de "Patriotas" que se estaban formando para combatir á los caudillos de nuestra independencia. Obedeciendo la superior órden, la Junta de Catedráticos no tuvo más que clausurarla y entregarla, y entónces se siguieron dando los cursos y los grados en los otros colegios.

Por oficio del Virey, de 6 de Mayo de 1811, se mandó que los catedráticos de Medicina diesen sus cátedras en el Real Colegio de San Ildefonso, lo que así se verificó desde el 10 de Junio de ese año.

En 1812 la Universidad continuaba ocupada por las tropas de los "Realistas fieles," y las cátedras seguian suspensas, excepto las de Medicina que continuaban dándose en San Ildefonso, hasta que en Octubre de ese año fueron llamados por el Rector Doctor Olivares, sus profesores, para que las dieran en la sacristía de la Universidad; pero por órden del nuevo Rector electo, Marqués de Castañiza, volvieron, en 18 de Noviembre, á "leerlas" en San Ildefonso, en donde continuaron desde entónces sin interrupcion hasta la reapertura de las Escuelas.

Tocaba el año de 1816 á su fin, cuando el Virey D. Félix María Calleja mandaba acuartelar en otro lugar las tropas que estaban en la Universidad y que se entregara ésta al Claustro de Doctores. En efecto, se la recibió y se la arregló, y el 19 de Octubre del mismo año se la abrió y se comenzaron á dar nuevamente todas sus cátedras, ménos las de Medicina que todavía siguieron por entónces en San Ildefonso.

En 1821, al hacerse la independencia, no sufrió ningunas modificaciones su enseñanza. Desde entónces se la empezó á llamar Nacional y Pontificia Universidad de México.

En 18 de Marzo de 1825 el Presidente de la República, por conducto de su Ministro D. Lúcas Alaman, disponia que se organizara en uno de sus salones —despues ocupó dos— con las antigüedades traídas en esos dias de la isla de Sacrificios, un Museo Nacional. Éste se formó, y sus colecciones estuvieron allí hasta el año de 1865. Fué el principio de nuestro actual Museo.

En 7 de Noviembre de 1828 se ordenaba por el Gobierno á los propietarios de las casas contiguas á la Universidad, que cuando las vendieran ó las arrendaran lo hicieran prefiriendo á sus catedráticos para que se les facilitara así á éstos la asistencia á dar sus lecciones.

Llega el año de 1833 y con él la infausta calamidad que diezmó á nuestro pueblo: el Cólera. Ese terrible viajero cuyo manto de crespon cubrió entónces por primera vez á la República, era el mensajero fatal que anunciaba á la Universidad su sentencia de muerte.

Con motivo de la epidemia que empezó á desarrollarse en la capital, el 7 de Agosto de ese año se cerraron sus cátedras.

En tal estado las cosas, el 19 de Octubre se daba un decreto autorizando al Gobierno para arreglar la instruccion pública, y el mismo dia, con sujecion á ese decreto, se publicaba un bando que disponia en su artículo 1º la supresion de la Universidad, y creaba en su lugar la Direccion General de Instruccion pública.

El dia 21 del mismo mes se dieron las últimas cátedras, y se tuvo el postrer Claustro precisamente el dia en que se publicaba el decreto de su extincion. Ese dia quedó cerrada la Universidad.

El golpe fué decisivo.

Aunque despues la volveremos á ver levantarse y caer varias veces, éstas no eran sino las últimas convulsiones de un organismo viejo, minado por la edad; verdadero fósil y cuerpo extraño en el siglo en que se consumieron los últimos dias de su penosa existencia.

Los frutos que aquel ilustre plantel dió á la Nueva España no puede negarse que fueron ópimos, gloria suya y de nuestra patria, y sus rápidos progresos ya pudieron admirarse desde el 3º Concilio Mexicano, celebrado en el año de 1585, uno de los más doctos entre los Concilios nacionales y provinciales. No cerraremos, por lo mismo, estas últimas páginas consagradas á su historia, sin mencionar algunos nombres de los muchos hombres notables que ella produjo y tuvo en su seno.

Merecen el primer lugar, visto el alto puesto que ocuparon, algunos de sus Rectores, por el impulso que le dieron y por la influencia que desplegaron en sus progresos. Citarémos entre muchos, al Doctor Quesadas, su primer Rector en el año de 1553, Oidor de la Real Audiencia; al Doctor Sedeño, que lo era en 1561; al Doctor Manuel de la Peña Mendoza, que lo era en 1706, y al Doctor Manuel Ignacio Beye de Cisneros, persona á quien la Universidad debió una de sus más importantes mejoras. Siendo Rector este último, promovió en 1760 establecer en ella una Biblioteca, probablemente la primera que iba á ser pública en Nueva España, proyecto que aprobó el rey por cédula de 27 de Mayo de 1761, poniéndose su iniciador desde luego á arreglarla, logrando así abrirla al público en el inmediato año de 1762. En el Reglamento que se formó para esta Biblioteca se convino en remitir á los reinos de Castilla el dinero que se fuera destinando para las compras de libros que sólo allá se debían de hacer, y los que no podíamos recibir sin que ántes no hubieran pasado por la eleccion y censura de la madre patria. Esta Biblioteca subsistió hasta los últimos días del plantel, y ya hemos visto en otro lugar que la tenían á su cuidado dos Bibliotecarios, matutino y vespertino, que expensaba la Universidad.

En Teología y Sagrada Escritura tuvo un Fr. Alonso de la Veracruz, un Arce, un Sámano, un Morquera y muchísimos otros. Don Antonio Adar de Morquera poseía numerosos idiomas, y estando un día en un selecto concurso, predicó repentinamente en cuatro idiomas distintos: castellano, mexicano, coconeca y angolana.

En Cánones y Leyes los hubo numerosos, y de algunos de ellos ya hablamos al ocuparnos de los actos notables que presentaban.

En Medicina se distinguieron en la Universidad: los López, los Farfan, los Cárdenas, los Cisneros, los Osorio, los Díaz, los Salgado, los Guerra, los Peredo, los Flores, los Brizuela, los Bartolache y tantos y tantos otros que sería largo y cansado nombrar. El Doctor Pedro López fué el primero que se graduó de Doctor en Medicina en la Nueva España. El Doctor Farfan fué uno de sus más ilustres hijos, el que se graduó el 20 de Julio de 1567 y el que poco más tarde fué nombrado su Visitador y formó sus primeras Constituciones en el año de 1580. Don Juan José Guerra, que se cuenta fué un notabilísimo médico, tuvo en ella dos Actos magníficos: uno de teoremas lógicos ofreciendo demostraciones geométricas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, y

el otro de doce materias físico-matemáticas. Don José Peredo se distinguió presentando un acto brillante en el que defendió muchas conclusiones médicas y matemáticas. Don José Brizuela sustentó una mañana y una tarde un Acto de veinticuatro materias, seis de ellas con demostraciones geométricas. Por fin, uno de sus discípulos más notables lo fué el Doctor Don José Ignacio Bartolache, hombre que se hizo célebre entónces por su extensísima memoria y que consagró su juventud á los estudios de Filosofía, Jurisprudencia y Teología, y despues á los de Medicina, en la que tuvo brillantísimos Actos. Fueron éstos de los más notables presentados por los médicos de la Universidad, especialmente uno sobre la sangría, punto entónces en estudio en Paris, y unas conferencias que dió en tres tardes consecutivas, sobre las pastillas gibelinas ó marciales, actos todos que le valieron la cátedra de Prima de Medicina en la Universidad, de la que pasó á la propiedad de la temporal de Método. En 1769 dictaba en la Universidad unas lecciones de Matemáticas que se empezaron á publicar ese año bajo los auspicios del virey Marqués de Croix, y él fué el autor de un "Opúsculo Guadalupano" y de otros varios escritos y periódicos. Su biografía tendrá un lugar en otra seccion de nuestra obra.

Hubo en Filosofía un Vasconcelos, creemos que tambien un Alarcon, y otros muchos más. Don Pedro de Paz Vasconcelos fué un ciego, célebre filósofo, que al oído aprendió Gramática, Retórica, Filosofía y Teología, cuyos grados obtuvo. Se dedicó despues á Jurisprudencia y se distinguió por su maravillosa memoria, citando á cualquiera hora textos, lugares, etc., de la obra que se le consultaba. A la edad de diez y nueve años se opuso á la cátedra de Vísperas de Filosofía y sostuvo sus pruebas con tanta expedicion y magisterio, que ganó, conforme entónces se usaba, *75 votos personales, 175 cursos y 24 calidades*. Don Pedro de Alarcon levantó un plano gnoográfico de México y formó las tablas astronómicas de los planetas, cosas todas que le valieron el nombramiento de miembro del Claustro de la Sorbona y el acuerdo de que se imprimieran sus obras á expensas de éste.

Algunos de sus discípulos, más sobresalientes aún, se distinguieron en todas las Facultades. Don Antonio Calderon llegó á sustentar un Acto en todas ellas, y era hombre de memoria tal, que leído que habia un libro lo aprendía íntegro y lo vendía, no teniendo ya necesidad de volverlo á consultar. El ilustre Alonsiaco Don Antonio López Porti-

llo fué otro de los graduados más notables de la Universidad. En tres días consecutivos sostuvo actos públicos en todas las Facultades bajo un programa muy difícil, defendiendo en ellos seis autores de las cuatro Facultades de Teología, Cánones, Leyes y Filosofía. Lo hizo con un mérito y aplauso tal, hasta entónces sin ejemplo, que la Universidad le concedió las cuatro borlas en las cuatro Facultades, lo que, como una distincion muy singular, aprobó el rey en 28 de Setiembre de 1755.

En Historia produjo á un Betancourt y á un Sigüenza y Góngora. Este último célebre Doctor, que floreció allá en el siglo XVII, perteneció al Claustro y fué catedrático de Matemáticas—en las que fué eminentísimo—de la Universidad, en la que fué jubilado como tal en el año de 1697. Fué uno de los mexicanos más notables de aquellos tiempos como historiador; fué cronógrafo de S. M. Carlos II, y fué un eminente sacerdote. Murió en 1700. Escribió, segun sus biógrafos, cincuenta y tres obras sobre diversas materias, como Astronomía, Matemáticas, Historia, Antigüedades, Literatura, Crítica y Poética.

La Literatura floreció en los días de apogeo de la Universidad. En una Justa literaria que hubo en México en este Establecimiento y de la que nos habla en un libro Antonio de Avila, entraron más de trescientos poetas. Pueden mencionarse con verdadero orgullo entre sus glorias los nombres de Cervantes de Salazar, de Balbuena, de Ruiz de Alarcon, de Rosales, de Salazar, de Villerías y de muchos otros que se distinguieron en aquellos tiempos. Abre el catálogo uno de los ilustres catedráticos fundadores de este plantel, el célebre Cervantes de Salazar, de quien se cuenta que era un magnífico latino y literato. El fué el que pronunció, como ántes vimos, el inicio de las Escuelas en 1553, y él el autor de unos diálogos que intituló "México por dentro," escritos en latin y muy apreciados por los anticuarios, que ilustran mucho la historia de los primeros tiempos de la Universidad. Historiadores como Alaman aun los llegaron á creer perdidos. Existen sin embargo ejemplares de la primera edicion publicada, alguno de los cuales lo encontramos entre los polvorientos libros de la Biblioteca Nacional, el que hemos tenido en nuestras manos y que nos ilustró no poco en esta clase de investigaciones históricas. No há mucho se hizo de estos diálogos una reimpression de poquísimos ejemplares, los que inmediatamente se repartieron entre nuestros literatos, que los tienen en mucha estima.

Otro de sus notables hombres en letras fué Balbuena, que floreció en la Nueva España.

En suma, fueron tantos y tales los hombres que sobresalieron en letras y ciencias en la Universidad de México, que el mismo Balbuena ántes citado, en su poema "Grandeza Mexicana," dice en sonoros y bellísimos tercetos:

"Aquí hallara más hombres eminentes,
En toda Ciencia y todas Facultades,
Que arenas lleva el Gange y sus corrientes.
Monstruos en perfeccion de habilidades,
Y en las Letras humanas y divinas
Eternos rastreadores de verdades.
Préciense las Escuelas Salmantinas,
Las de Alcalá, Lobayna, y las de Athenas
De sus Letras y Ciencias peregrinas.
Préciense de tener las aulas llenas,
De más Borlas; que bien será posible;
Mas no en letras mejores, ni tan buenas.
Que cuanto llega á ser inteligible,
Cuanto un entendimiento humano encierra,
Y con su luz se puede hacer visible,
Los gallardos ingenios de esta Tierra
Lo alcanzan, sutilizan, y perciben
En dulce paz ó en amigable guerra."

(Grand. Mex., Cap. 4, f. 84.)

De tal manera se expresaba de los talentos é ingenios universitarios de México el autor del "Bernardo."

* * *

Tal es en su primer período la historia de nuestra extinguida Universidad, de ese foco luminoso que identificado con su época, tuvo su aurora en el Nuevo Mundo con la aurora del Cristianismo y de la Civilizacion, y que despues, macilenta y enfermiza, fué declinando con aquellos al hundirse en el abismo de los tiempos el período metafísico de las ciencias y letras patrias.

Todavía algunos años despues la verémos sobrevivir á esta época, anémica y agonizante, tocando á su crepúsculo y lanzando rayos de luz opaca y efímera.

En el Período Positivo de esta Historia le consagraremos unas últimas páginas hasta dejarla en su tumba.